

La literatura y las finanzas domésticas

Stephen Murray Kiernan



James Joyce (a la izquierda) con su familia, París, 1924.
(Fotografía: Archivo Photos / Getty Images)

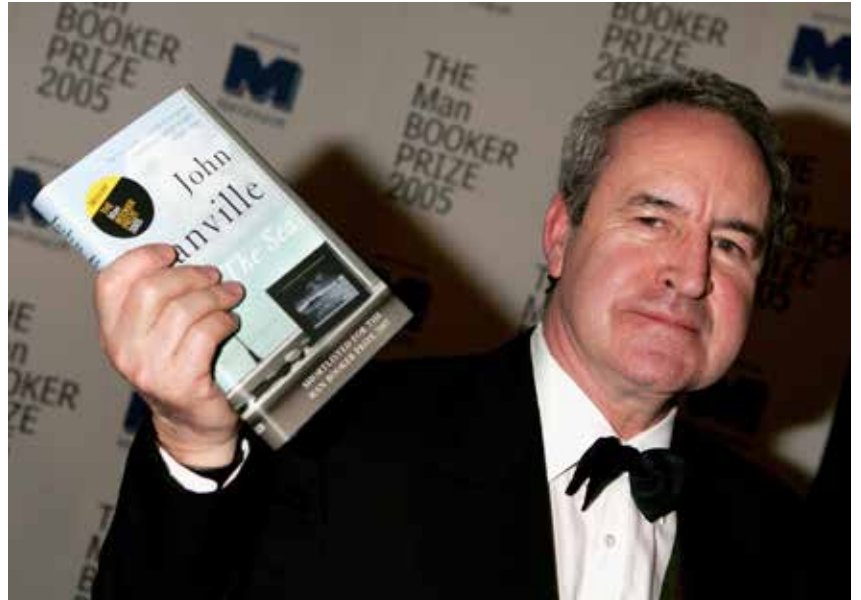
EL NEGOCIO DE LA LITERATURA ES UNA EMPRESA tanto económica como artística e intelectual. Y hay algo de vulgar en ello, especialmente si pensamos, por ejemplo, en que una persona es poeta aunque no haya ninguna razón financiera para serlo, si se tiene en cuenta que en ningún lugar del mundo es posible generar un sueldo decente mediante la escritura y la publicación de poemas. Usualmente se tiene que combinar esta actividad con empleos como el de bibliotecario (uno piensa en Phillip Larkin) o con algo similar que resulte en un salario, un poco de tiempo libre y la oportunidad de pensar en los temas y en las frases que se escribirán por las tardes.

La literatura como un medio para ganar dinero puede ser una actividad con consecuencias fatales. Un escritor puede sentirse profundamente agotado después de escribir una obra o una novela, o del insospechado trabajo que exige escribir obras cortas e intensas como un ensayo o un soneto. Existen ejemplos de autores que literalmente dieron la vida por su arte: Dickens tuvo una muerte temprana por su recio compromiso con la escritura de novelas, conferencias y otros trabajos similares. Sir Walter Scott también fue destruido por el peso de las enormes novelas que escribió, además, en su caso, implicaba el admirable esfuerzo de pagar sus deudas con la escritura de nuevo material.

Quisiera tratar algo que —a falta de una frase mejor— puedo llamar los autores angloirlandeses, para ver cómo actuaban estos escritores en cuanto a lo que podría llamarse finanzas domésticas. Un buen modo de abordar este tema es pensar en la principal explicación del porqué no hay más gente dedicada a la escritura: deben buscar el modo de ganarse la vida. Y la promesa de un buen trabajo, y la estabilidad que éste ofrece, es una tentación poderosa, así como una cura eficaz para esa enfermedad llamada ambición artística. Pueden existir muchas circunstancias que le permitan a alguien dedicar su tiempo a la escritura. Una de ellas es una herencia, como en el caso de Byron y Shelley, otra es por un matrimonio provechoso, y una más por el amparo de un mecenas que elija a un escritor determinado por cierto tiempo.

Un buen ejemplo es James Joyce, cuya fama y reconocimiento del mundo académico (por supuesto mayor, incluso, que el del público lector común) contrasta con su aislamiento y su inviolable sentido de vocación jesuítica resultado de varios años de pobreza, de manuscritos rechazados y de dudas sobre si estaba perdiendo el tiempo. Pudo salir adelante con los fondos que obtenía de Harriet Shaw Weaver. (Aunque al ver las fotografías de Joyce y su familia vestida formalmente, uno tiene la impresión de que el cheque había llegado justo un día antes de que la foto fuera tomada). Hoy en día, el mismo hombre sería el favorito de las universidades en Estados Unidos y haría una fortuna en el circuito de lecturas de los departamentos de literatura inglesa. ¿Y quién podría culparlo por aprovecharse?

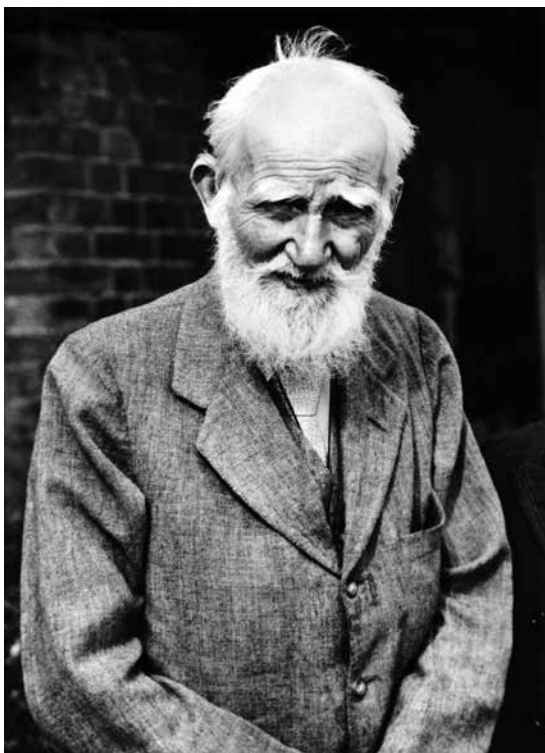
George Bernard Shaw, por otro lado, es un claro ejemplo de una obstinada resolución al enfrentarse a años de poco o nulo ingreso y a la falta de reconocimiento. Una vez más, es significativo el contraste entre su situación y la riqueza de las últimas décadas de su longeva vida, así



John Banville posa con su libro *The Sea*, que ganó el Premio Man Booker 2005. (Fotografía: Chris Jackson/Getty Images)

como de la ausencia de éxito —incluso con una sólida producción literaria (novelas, periodismo y obras de teatro que no se llevaron a escena)— hasta sus cuarenta y tantos. Su tenacidad merece muchísimos elogios. Aunque la pregunta de si merece ser imitado puede dejarse a la conciencia de cada aspirante a escritor, sobre todo porque se respeta la decisión y la disciplina, y porque éstas sí llevaron a Shaw al triunfo que supo alcanzaría.

En este sentido, la confianza en uno mismo es una cualidad extraordinaria, porque en el caso de Shaw había un talento indiscutible que produjo grandes obras que fueron, a la postre, reconocidas. Sin embargo, si hay una falta de talento, entonces esa circunstancia provoca más lástima que admiración. Uno puede pensar en Scott Fitzgerald pegando sus cartas de rechazo en la pared para animarse a no cejar en su intento, pero



George Bernard Shaw, 1945. (Fotografía: Underwood Archives/Getty Images)

también pudo existir una pregunta fundamental: ¿y si todo esto es una locura y yo debiera ser un oficinista?

Otro irlandés, un poco más joven que Shaw, quien también enfrentó la incesante presión de un veleidoso salario y un éxito a cuentagotas es el poeta y dramaturgo W. B. Yeats. El motivo central de su confianza para dedicarse a la menos remunerada de las artes literarias, llámese poesía, fue su padre, un retratista que no trabajaba a gran velocidad, ganaba dinero a un ritmo igualmente lento y quien instruyó a sus hijos (no hay que olvidar que entre ellos está el gran pintor Jack Yeats) en la necesidad del artista y la confianza requerida para cumplir con esa enmienda.

La capacidad de Yeats para consagrarse a un trabajo tan poco remunerado tiene que ver, también, con su carisma. A lo largo de su vida, se sucedieron tiernas mujeres que vieron el valor de su obra y reconocieron, también, que necesitaba mucho apoyo para lograr su propósito. Una categoría de admiradoras podría ser llamada el “grupo maternal”, de la aristocrática irlandesa Augusta Gregory a la heredera Annie Horniman; otro grupo incluía a sus amantes, aunque hay que admitir que para los estándares de un *rockstar*, Yeats no fue particularmente voraz, sexualmente hablando. En términos económicos, Yeats tuvo la fortuna, como Joyce, de haber sido protegido por una mujer de recursos, y en su caso, de dejar una honda impresión con sus obras de teatro para asegurarse los fondos necesarios para iniciar sus proyectos y mantenerlos suministrados a lo largo de unos difíciles primeros años.

El último caso que me gustaría mencionar es distinto y más triste. Oscar Wilde vivió con una pequeña herencia y con el pequeño sueldo de algunos trabajos ocasionales (entre otros, el de editor de una revista para mujeres), y finalmente comenzó a hacer mucho dinero al final de sus treinta, debido al gran éxito comercial de sus comedias de la clase alta. Sin embargo, a sus cuarenta y un años, su éxito más notable

Samuel Beckett en el set del *Film*, una película protagonizada por Buster Keaton, en julio de 1964 en la ciudad de Nueva York. (Fotografía: Rapoport / Getty Images)



coincidió con los juicios y el encarcelamiento que lo hicieron un marginado, perdió a sus dos hijos y quedó en bancarrota. Después de dejar la cárcel, pasó los últimos tres años de su vida sobreviviendo gracias al dinero que le daban sus amigos, todo el tiempo en un estado de precariedad y elegante penuria. A muchos de estos autores se les ofrecieron trabajos y puestos respetables y convenientes, que sin duda una persona sin la compulsión literaria que hemos discutido describiría como aquellos que bien valen la pena aceptar, así como estúpido rechazarlos.

Puedo pensar en un muy buen ejemplo que involucra al dramaturgo y novelista Samuel Beckett, un estudiante sobresaliente de lenguas modernas en la Universidad de Dublín. A Beckett se le ofreció una cátedra en la que era, y sigue siendo, la mejor universidad en Irlanda, con todo y el prestigio profesional y la seguridad que podría desear cualquier hombre. Es cierto que Beckett aceptó, pero pasó menos de un año ahí, incómodo con los linderos de Irlanda y la estrecha visión de sus habitantes, además de su inquietud por viajar al extranjero (como todos los grandes escritores irlandeses, con la excepción de Yeats y algunos más recientes) para dedicarse al aprendizaje como hombre de letras y a la obras que escribiría después. Este es un pacto con uno de los aspectos de la verdadera naturaleza del artista, no muy comprensible o práctico para el hombre ordinario o para quienes siguen ese camino, y que miden el éxito en su vida con marcas como los ascensos laborales, los aumentos en el salario y el respeto entre los demás.

Hay, claro, algunos escritores que han hecho asombrosas cantidades de dinero, pero J.K. Rowling y Stephen King son de los pocos que han hecho fortunas en el campo literario (y en estos casos, esa riqueza se debe en gran parte a los medios de comunicación, especialmente el cine).

El novelista irlandés John Banville, un maestro en el carácter del personaje, la historia y especialmente la prosa, declaró no hace mucho que ganar el premio Booker con su obra *The Sea*, le dio una cantidad de dinero que nunca había tenido en todos sus años de “éxito”. En efecto, él había sido un éxito con la crítica, no así en lo financiero, y la diferencia entre estas dos circunstancias significan que tuvo que dedicar la mayor parte de su tiempo al periodismo para poder pagar las cuentas. Ahora, ya entrado en los cincuenta, Banville podría invertir casi todo su tiempo en la escritura de novelas, del mismo modo y a la misma edad que Yeats pudo dejar a un lado las preocupaciones financieras después de ganar el Nobel en 1923. Para unos cuantos, muy pocos, hay una especie de final feliz en la literatura. ▲▲

Traducción: Jesús Francisco Conde